

tinas, y poco después entraba en Roma por la puerta de San Juan de Letrán, Media ciudad dormía aún: el postillón puso los caballos al paso, á fin de que el caballero pudiera admirar la hermosura de la capital del mundo cristiano, hasta llegar á la plaza de España, llamada así porque en ella existía el palacio comprado por Felipe II para la embajada de España.

Juan enseñó al portero su nombramiento, y fué introducido al momento en la cámara del embajador, que aún dormía. Al leer los despachos del Rey, lanzó una exclamación de sorpresa.

—Es un asunto espinoso—dijo;—pero las órdenes son serias, y seguiré las instrucciones de Su Majestad. ¿Para quién más traéis cartas?

—Para el cardenal de Bouillon y para Su Santidad Clemente XI

—Pues bien; corred á casa del señor de Bouillon: yo iré en un momento, y juntos iremos después al Vaticano. ¡Hay que obrar con rapidez!

Un lacayo de la embajada condujo á Juan á casa del cardenal, el cual se mostró sorprendido del suceso, y pidió detalles de todo al caballero de Cerdeña.

—Me indigna el asunto—dijo después,—y tengo la seguridad de que Su Santidad pensará como yo; pero no sé si podrá realizarse el deseo del rey de España. Estamos aquí en un terreno neutral: detener á un enviado del emperador, parece contrariar al derecho de gentes. Veremos lo que opina el Padre Santo.

El embajador llegó poco después, y juntos fueron al Vaticano; pero, una vez allí, el ujier, besando la blanca sortija del cardenal, declaró que el joven no podía entrar con Sus Eminencias.

—Dadme los despachos—dijo el embajador á Juan:—

yo se los daré al Papa; y vos, esperad aquí por si os llaman.

Veinte minutos después salieron ambos señores con la cara larga.

—¡Estaba seguro de ello!—exclamó el cardenal de Bouillon.—Su Santidad se ha indignado contra los asesinos; pero cuando hemos hablado de detener al muñidor, la cosa ha variado. “¡Un enviado oficial!—ha dicho.—Eso me indispondría con el Imperio. ¡Arrestadle vosotros, si os atrevéis!”

—Si pudiéramos tener la seguridad de descubrir entre sus papeles pruebas del complot, Austria tendría que callar—dijo el embajador.—Pero ¿tendrá esas pruebas en su casa?

—Sí; las tiene—dijo Juan.

—Es probable; pero, como dice el Papa, yo no me atrevo tampoco.

—Ni yo—añadió el señor de Bouillon.

—¿Por qué no?—preguntó nuestro caballero.—Dadme hombres y armas, y yo os traeré esos papeles dentro de unos momentos. Si no hallamos nada, podréis desautorizarme.

—¡Vamos!—exclamó el embajador.—Este joven ha cortado el nudo gordiano.

X

Las crónicas italianas relatan la anécdota del arresto del barón de Isola lo mismo que los historiadores, salvo algunos detalles de escasa importancia. Según

la leyenda, Juan penetró en su casa acompañado de diez diablos; y aunque el conspirador quiso resistir, y acercó una pistola á la frente de Juan, el tiro no salió: la presencia de aquellos espíritus había embrujado el arma. El resto está de acuerdo con los datos de la Historia.

Nuestro caballero halló cuanto necesitaba para el descubrimiento del complot y todo fué depositado en manos del Papa, que no creyó necesario guardar silencio. Arrojó de Roma al agente austriaco, y manifestó en alta voz su indignación. Leopoldo I se aterrizó tanto, que no se atrevió á manifestarse quejoso del violento proceder empleado con el barón de Isola. El escándalo perjudicó en gran manera á la causa del archiduque Carlos, si bien no por eso disminuyó el ardor con que se seguía en España la guerra de sucesión.

Entretanto, las prisiones continuaron en Nápoles: algunos conspiradores fueron deportados á la India; y aunque Felipe V perdonó á muchos, para mostrar que sabía perdonar las ofensas, creó dos compañías de italianos para que hicieran guardias continuamente en torno de su persona. En la corte de España se aprobó la diligencia de Juan en el asunto del barón de Isola, y se le enviaron cartas confirmándole en sus poderes el embajador mismo recibió orden de consultarlo todo con él, y el caballero de Cerdeña llegó á ser un gran señor, un personaje misterioso revestido de un carácter particular. Como España pagaba á sus agentes para que la sirvieran bien, nuestro caballero tenía su habitación en el palacio del embajador, vestía siempre de seda y terciopelo, y se trataba con los cardenales y las damas más hermosas de la corte; tenía un coche para su servicio particular; y

aprovechando tal circunstancia, nuestro héroe visitó los monumentos y cuanto de notable había en Roma, aumentando en gran manera sus conocimientos. Por las noches acudía á los salones, donde se extasiaba con las músicas más deliciosas que jamás pudiera oír. Un día, en casa de un sobrino del Papa, donde se reunía una distinguida concurrencia, observó á un caballero joven y una señorita muy bella que hablaban en un ángulo del salón.

Preguntando Juan quién era aquel caballero tan favorecido le respondieron que estaba enamorado de la joven, y que quería casarse con ella. Nuestro héroe no conocía el ruin sentimiento de la envidia; pero experimentó una gran molestia viendo la dicha de aquella pareja: llegó á su casa transido de dolor, y no pudo conciliar el sueño en toda la noche. A la mañana siguiente salió, á fin de hallar algo que le distrajera de aquella tristeza que le consumía, y el azar le condujo á Santa María la Mayor en el preciso instante en que una carroza antigua se detenía ante la puerta. Un criado abrió la portezuela, y, colocando una escalerilla de cinco peldaños, dió la mano á un caballero de unos cincuenta años, que salió de la carroza con gran precaución.

Miró en torno suyo con sus ojillos pequeños y vivos y permaneció un momento indeciso. Una joven de diez y seis años, de tan pura belleza que sólo el pincel de Rafael pudiera haberla reproducido, bajó después. Vestía un traje amplio de tela gruesa, pero á través de aquella muralla se adivinaban todas las gracias de un cuerpo que era, sin duda, el más esbelto y gracioso del mundo. El caballero tendió su enguantada mano á la joven, y ella, apoyándose con majestad en aquella mano, descendió de la carroza.

Después, levantando su negro velo, según la moda italiana, tomó el brazo del caballero, y entró en la iglesia.

Una chispa desprendida de los negros ojos de la joven incendió el corazón de Juan, y entonces comprendió que la pasión que había visto reflejada en el rostro del anciano eran los celos. En vez de huir del peligro, como habría hecho un joven prudente, se colocó delante de la pila de agua bendita para ofrecer sus dedos mojados en ella al contacto de los de la joven. Esta le dió las gracias con una mirada melancólica, y Juan leyó en ella todo lo que pueden decir unos ojos de diez y seis años. Tan elocuente discurso estuvo moderado por el pudor, que añadió el paréntesis de rigor: "¡No abuséis de mi secreto!"

Mientras la joven oía misa, Juan, en pie, arrimado á una columna, no la perdía de vista, bebiendo á grandes tragos el amoroso veneno, y mirando á aquella pareja tan inarmónica. Terminada la misa, el viejo y la joven volvieron á la carroza y Juan se lamentaba ya de no tener consigo á su criado, cuando acertó á ver un muchacho arrimado á la pared dormitando en un escalón.

—Levántate—le dijo,—corre tras esa carroza, y dime quién es el señor que va en ella y dónde vive.

—No hace falta—repuso el granuja cerrando los ojos.

—Te daré un cequí de oro. ¡Anda listo!

—Es inútil; dadme el cequí, y diré á vucencia quién es ese señor, dónde vive, su país, su nombre, su edad y su profesión.

—¡Habla pronto; aquí tienes el cequí!

—Vucencia sabrá tal vez que ese señor es un rico negociante de Siena, llamado D. Guido Montacuti.

Después de haber pasado su juventud haciendo fortuna, se enamoró perdidamente de la hija de su primo hermano, la bella Flora; esa Venus que habéis visto apoyada en su brazo hace un momento. El celoso viejo tenía precisión en Siena de recibir á sus amigos y asociados, temeroso de que le robaran el tesoro de su corazón: riñó con sus amigos, y vino á vivir en un sitio muy retirado en un rincón de Roma. Os reiréis viendo cómo vive; ha clavado todas las ventanas, y hay que hacer innumerables ceremonias antes que se abra la puerta. Todas las viandas son recibidas por un criado patizambo, y jamás entra mercader alguno en la casa. La lavandera lleva la ropa, la entrega, y arregla la cuenta por un postigillo con la criada vieja, hermana de leche de su amo, y tan mala como él. El amo recibe á las visitas en la calle, y ha jurado que jamás entrará en la casa hombre ni mujer alguno, sobre todo si se trata de franceses; porque, según dice, son los mayores zalameros del mundo. Bien puede decir vuestra excelencia que ha visto á la divina Flora por un milagro de la Providencia, porque su tío la conduce cada día á una iglesia distinta, á fin de despiñar á los enamorados que diariamente suspiran por ella. ¡Cuántos he visto yo pasear delante de esa casa; suspirando noche tras noche, hasta quedas convencidos de que su amor era imposible! Si vuestra señoría es prudente, este día será dichoso para él y para mí. El encuentro con una joven hermosa y soltera proporciona la felicidad; pero si, por el contrario, habéis sufrido un accidente lamentable, si os ha herido en el corazón, más valdría que vucencia hubiese hallado al Diablo cara á cara.

—Pero ¿es que Flora no está casada con don Guido?

—No; la desdichada no se resuelve á decir que sí. Su padre murió sin dejarle un cuarto; pero no se atreve á vivir siempre en compañía del viejo sólo por ser rico. He ahí su desgracia. Y si al menos el viejo la dejara gozar de esa fortuna, si le diera los placeres del lujo, tendría más paciencia; pero, á juzgar por las provisiones que entran en la casa, allí reina la miseria. La carroza es antiquísima, los caballos se mueren de hambre, y la joven va vestida como su abuela.

—¿Y dónde vive ese don Guido?

—Junto á la puerta de Belisario, en el barrio más desierto de la ciudad. Apenas se aproxime vuestra señoría, verá lo que nosotros llamamos la *casa ciega*, porque no tiene ventanas. He ahí todo lo que sé, y, gracias á vucencia, voy á beber una limonada á su salud.

En efecto; á dos pasos de la puerta de Belisario, hoy puerta *Pinciana*, Juan descubrió la jaula donde languidecía la bella Flora. Jamás ha podido hallarse morada alguna que tan bien respondiera á la designación de *casa ciega*; exceptuando la puerta de entrada, no se veía en ella abertura alguna, y unas tapias muy altas rodeaban el jardín de tal modo, que para ver lo que había dentro, era preciso subir al monte de la Trinidad. Nuestro caballero, á falta de un agujero que le dejara ver, aplicó el oído á la puerta, y pudo oír el monótono rumor de una fuente que, como ocurría en todas las casas de Roma, refrescaba el vestíbulo con sus aguas. El rumor cesó repentinamente, y nuestro caballero oyó que un lacayo exclamaba:

—¡Por Baco! ¿Qué es esto? ¡Jamás he visto cosa igual! La fuente no corre, y no podré llenar el baño

de la signora. ¡Maldita fuente! ¡Parece que anda aquí el Diablo!

El lacayo llamó al cochero, éste á la cocinera y á la doncella, y todos se admiraron tanto de aquel suceso, que decidieron llamar á don Guido.

—Indudablemente, está rota la cañería, ú obstruída por lo menos—dijo éste.

—¿Cómo voy á dar de beber á los caballos?—preguntó el lacayo.

—¿Y cómo lavaré yo la vajilla?—interrogó á su vez la cocinera.

—¿Y el baño de la signora?—dijo la doncella.

—La señora no se lavará hoy, y vosotros iréis á buscar agua al sitio donde la haya y que más cerca esté.

—¿Yo ir á buscar todo el agua que necesito, patizambo como estoy?—añadió el lacayo.—¡No, señor amo; no hay que pensar en eso!

—¡Yo no tengo fuerzas!—dijo el cochero.

—Pues yo no lo haría aunque las tuviera—agregó la cocinera.

—¡Esas son las consecuencias de no tener gente joven en la casa, señor!—indicó la doncella.—Entre los cuatro, no valemos lo que un buen muchacho fuerte y robusto. Por supuesto, que mal podríamos tener fuerza no dándonos una gota de vino.

—Eso es lo que debe teneros sin cuidado—añadió el amo:—tengo los criados que me convienen. Lo que sí os diré es que me pasaría muy bien sin una doncella borracha, si no fuera, como es, hija de mi nodriza. Arreglaos para traer el agua necesaria, y mañana buscaremos quien arregle esa fuente.

Pronto se unió á aquellas voces discordantes una argentina preguntando lo que ocurría.

—Que no corre la fuente, señorita.

—Pues yo no puedo pasarme sin baño.

—¡Ya he dicho que aquí se ha de hacer mi voluntad!—gritó don Guido.

—¡Bondad divina! ¡Pasarme sin baño en el rigor del estío! ¡Me moriré de calor!

—¡Pues báñate en vinagre!—exclamó don Guido.

—¡En vinagre!—exclamó colérica la joven.—¡En vinagre, cuando necesito agua fresca! ¡Rehusarme á mí el agua en Roma, donde hasta los perros la tienen en abundancia! ¡No olvidaré esas frases, don Guido!

—¡Qué tercas son las hijas de Siena! Cálmate, Flora; se te traerá agua, ya que lo exiges.

La bella Flora, en el colmo de la indignación, habló en voz de contralto tan fuerte y terrible, que los ecos de la casa despertaron de su largo ensueño.

—¡Exigir agua! ¡Es increíble, señor Guido!—decía la joven.—Guardaos vuestra agua y vuestro vinagre; ¡pero os aseguro por la Madona que os costarán caros! Estoy harta ya de vuestros amores de Casandra: mi corazón está cada vez más cerrado para vos; os aborrezco, y, por salir de vuestro dominio, soy capaz de arrojarme en brazos de un mozo de cuerda, de un guardia del papa; ¡del primero que se presente!

—¡Agua pronto!—gritó el amo.—¡Que venga un aguador con sus cubos antes de que vaya yo mismo á buscarla á la fuente Paulina! ¡Qué hacéis, que no corréis en busca del agua para nuestra señora?

—Voy á buscar un aguador—dijo el lacayo.

Entretanto, nuestro caballero refa entre dientes murmurando:

—¡Venís otra vez en mi auxilio, Hydora? ¡Oh dicha incomparable; podré ver á la signora!

Y poniéndose al acecho en una calle inmediata, esperó á que llegara el criado que apareció, con una bolsa bien repleta en una mano y una espada en la otra.

Al llegar el criado, la visión de la espada le dejó caer cuan largo era; pero fijándose después en la bolsa, cedió en parte su espanto, y levantándose indeciso exclamó:

—¿En qué he podido ofender á vuestra excelencia?

—Sé adónde vas: tu amo te envía á buscar un mozo para que lleve agua. Si quieres servirme, será tuya esta bolsa; si no, te mataré, enterrándote al pie de esta tapia.

—Serviré á vuestra excelencia; pero hemos de hacer contrato.

—En esta bolsa hay doce ceques de oro—dijo Juan.—Voy á disfrazarme de aguador, y tú me llevarás á casa de tu amo; si consigo hablar con la hermosa Flora, te daré mañana otros doce.

—¡Que todos los santos colmen de bendiciones á vuestra excelencia! Bastará que vayáis á casa de mi primo el barbero, y él os disfrazará á las mil maravillas, porque es preciso que mi amo no sospeche nada; ¡es muy celoso!

El criado y Juan ya estaban en marcha. Llegaron pronto á casa del barbero, acostumbrado á toda clase de intrigas, y nuestro caballero quedó transformado en pocos minutos en un auténtico aguador, con cubos y todo.

Cuando llegó con el agua halló á don Guido instalado cerca de la bañera.

—¡Malditos criados—murmuró el celoso viejo.— ¡Todo lo hacen al revés de lo que uno quiere! ¡Al Diablo se le ocurre ir á traerme el aguador más joven que pueda haber en la ciudad!

—Señor—dijo el lacayo,—este aguador es un pobre idiota; peor sería un viejo con razón, porque podría encargarse de traer recados.

—¡Verdaderamente! Ve á ponerte de centinela en la puerta, y ciérrala bien cada vez que salga el muchacho.

La hermosa Flora dejó sobre la mesa un libro que tenía en la mano, y miró al aguador con expresión de lástima, diciendo que era una gran desgracia que fuera idiota.

Juan volvió con la segunda carga, pensando cómo podría desembarazarse del celoso viejo, cuando oyó que el lacayo gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Corred, señor amo; que la cañería se ha roto, y el agua entra en la biblioteca: van á estropearse los libros! ¡Ay, Dios mío; qué fuente más infernal!

Don Guido salió precipitadamente de la estancia de Flora, y Juan, postrándose de rodillas ante la joven, le dijo:

—¡Divina Flora, tened compasión de un pobre caballero que se muere de amor por vos! No soy aguador, ni idiota; soy Juan de Cerdeña, hidalgo francés. Os vi esta mañana en Santa María la Mayor, y desde entonces suspiro por vos y me desespero. Miradme con expresión afectuosa, y mataré á ese viejo celoso que se opone á nuestra dicha. Excusad mi disfraz y los subterfugios que empleo, en consideración á las muchas dificultades, á vuestra prisión y á la pasión que me domina. El tiempo es precioso; cada minuto vale un siglo. ¡Decidme sin vacilar si he de esperar ó morir!

—Caballero, yo soy quien muere; no vos—repuso la joven.—Os vi en la iglesia, y os he reconocido;

sabiendo mis pesares, como parece que los sabéis, mi desgraciada situación, la tiranía que me rodea, las dificultades y el apremio del tiempo, dispensaréis también la libertad de mi lenguaje, la franqueza de mis confesiones y la imprudencia y debilidad de mi corazón. Pero no tratéis de engañarme, señor de Cerdeña: ¡sería un crimen!

—¡Que el Infierno me consuma si no digo la verdad—repuso Juan;—que Potamogeiton se lleve mi alma en este instante; que la bella Hydora me retire su protección si no os digo la verdad, si hago traición á vuestras esperanzas!

—Ese terrible juramento me tranquiliza—dijo la joven.—Después de eso, sería ofenderos rehusaros mi confianza y mi ternura, y no soy capaz de eso.

—Acordaos de que soy digno de vos; reconoced mi amor, y sabré libraros del cruel Guido.

—Comprendo cuán grande es vuestro cariño, toda vez que sabéis mi nombre, el de mi tirano y otras cosas difíciles de averiguar; pero aún tenéis que amarme más para realizar todos vuestros proyectos.

—Lo conseguiré, ó moriré en la demanda.

Flora batió palmas: ¡tanta era su alegría! Pero dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—¡Qué dicha!—murmuró.—¡Ser esposa de un caballero joven que me ame, en vez de serlo de un bárbaro tirano siempre enfadado! Pero ¿cómo lo arreglaremos, señor? Lloraré diariamente mientras no os vea; mañana se compondrá la fuente, y no tendréis pretexto para venir aquí.

—El amor me inspirará alguna otra estratagema: entretanto, os escribiré, y el criado os entregará mis cartas. ¿No tenéis un instante de soledad?

—Don Guido me deja respirar el aire por la noche en el jardín, y suelo pasearme sola antes de acostarme; pero os suplico que no intentéis escalar la tapia, porque os heriréis, y no quiero exponer así al que amo ya. No temáis; que no seré ingrata con quien tanto hace por mí.

Juan, ebrio de amor, besó la mano de la joven; pero como en Italia tal acción no es señal de amor, sino de respeto, la hermosa Flora pasó sus brazos en torno del cuello de Juan, y ambos jóvenes se abrazaron con el mayor candor del mundo. La voz colérica del viejo puso término al idilio. Juan recogió sus cubos, dejando caer el agua en el suelo: el amo le llamó imbecil; pero una mirada suplicante de la linda joven le devolvió la paciencia necesaria para soportar las injurias del celoso viejo. Después de cumplir á conciencia sus funciones de aguador, el supuesto idiota recibió su salario. A fin de no despertar sospecha alguna, el joven insistió en que era poco, y después en que el trabajo era más penoso en las horas del calor, en que tenía mucha familia, y otros mil lugares comunes en tales casos. Gracias á sus manejos, el amo quedó tranquilo.

Cuando salió de casa de don Guido Juan recobró su traje y porte de caballero, y volvió á su casa más enamorado aún. La hermosura de Flora, su confianza, la sencillez ternura y las candorosas caricias de tan amable joven, le inundaban de amor y reconocimiento. Por continuar su interrumpida dicha, habría desafiado á la muerte cien veces. Pero si la pasión de Juan era tan grande que fuera capaz de todas las extravagancias, tenía que luchar con otra pasión tan grande como la suya: la celosa manía de don Guido con sus infinitas precauciones.

A las nueve de la noche nuestro caballero se hallaba ya en los alrededores de la puerta *Pinciana*, paseando por aquellos barrancos su melancolía, sin pensar en lo que podría haber á sus pies. Después de pasar veinte veces por las tapias del jardín de don Guido midiendo con los ojos aquella altura, capaz de intimidar al más tenaz enamorado, se sentó en el suelo, aniquilado por el sentimiento de su impotencia. Pronto creyó oír un ruido sordo á unos treinta pasos de distancia y golpes subterráneos; de vez en cuando una voz agrídulce pronunciaba tres ó cuatro palabras en ese tono que emplean los jefes para mandar á los soldados, y los golpes subterráneos sonaban con más fuerza. Nuestro caballero se acercó al sitio donde se sentía el ruido, y subiéndose sobre un fragmento informe de una antigua ruina, vió dos hombres que abrían un gran boquete con prodigiosa actividad en el fondo del barranco. Juan se acercó para ver mejor á los obreros, y terminó por preguntarles qué hacían.

—Tenemos mucha prisa—dijo el que dirigía,—porque nuestra tarea debe estar concluída en un momento dado, y no podemos perder un minuto.

—¿Es acaso una fosa?—preguntó Juan.

—Sí; y en ella ha de sepultarse el amor de un viejo loco, sus esperanzas, y los proyectos de felicidad que abriga desde hace dos años.

—¿Y quién es ese viejo loco?

—Don Guido Montacuti, de Siena.

—¿Dios mío!—exclamó Juan.—¿Ha ocurrido una desgracia á la bella Flora? ;En ese caso, ésta será también mi tumba!

—Tranquilizaos, señor; la hermosa signorina está perfectamente bien: el único accidente que le ocurrirá consiste en amar á un caballero muy digno, que pene-

trará muy pronto por este subterráneo para hablar con ella.

Juan, con el brazo extendido y la boca abierta, no pudo pronunciar una palabra; ¡ tanta fué su sorpresa!

El jefe de los operarios dió entretanto algunas órdenes, á fin de que el subterráneo terminara dentro del jardín, y después, volviéndose hacia el joven añadió:

—Señor Juan de Cerdeña, podéis ir adonde el amor os incita; cuando termine vuestra entrevista, volveremos, porque es preciso dejarlo todo en la forma que estaba antes de que empiece el día.

Juan quiso dar las gracias á los obreros; pero antes de que pudiera hablar, desaparecieron todos. Penetrando, pues, en la galería, llegó cómodamente al jardín de don Guido, y se ocultó tras un grupo de granados.

La angustia de un amante oculto acechando la ocasión de ver á su amada, temeroso de ser sorprendido por un celoso, debe de ser muy superior á la de un ladrón, porque los bienes que quiere robar son más preciosos que todas las riquezas del mundo.

Juan temblaba de emoción, creyendo que los latidos de su corazón bastarían para despertar á todos los moradores de la casa. Un momento después temió que la linda Flora no bajase al jardín aquella noche, y su angustia adquirió distinta forma; pero pronto pudo tranquilizarse, oyendo el roce de un vestido en la inmediata calle de árboles.

—¡Flora—murmuró á media voz,—no temáis; os habla vuestro amigo!

La joven, ahogando un grito, creyó morir de miedo, dando así ocasión para que aquel amigo la sostuviera en sus brazos; y como el placer sobrepuja al temor, éste se desvaneció en un momento.

—¿Vos aquí, caballero?—exclamó Flora.—¿Cómo habéis podido entrar en esta ciudadela? Tengo la seguridad de que os exponéis á la muerte.

A pesar de su natural modestia, Juan aprovechó la ocasión para hacerse valer un poco.

—Es un misterio—dijo;—pero no queráis comprenderlo: básteos saber que no hay obstáculos para un amor como el mío.

—Un misterio!—exclamó Flora.—Quiero conocer ese secreto.

—Ya lo sabréis algún día.

—¡Ahora mismo, caballero; os conjuro á que me lo digáis!

—Pues bien, querida Flora; he venido de un modo sobrenatural.

—¡Un milagro! ¡Santa María de las Flores os ayuda!—exclamó la joven.

—No; ha sido San Juan de Letrán.

—Es un gran santo, y veo que os quiere mucho.

—Mucho: no me rehusa nada; mis antepasados le erigieron varias capillas,

—¡Eso redundaba en beneficio nuestro! ¿Qué podemos temer si San Juan de Letrán favorece nuestros amores? Confío en vos, caballero, esperando que no os atreváis á ofender á vuestro protector.

—¡Ay!—pensaba Juan entretanto.—¡Me juré no engañar á esta hermosa niña, y ya le he dicho una mentira; pero me obliga fuerza mayor, y una mentira más ó menos no representa nada cuando ya no se dispone del alma!

Los dos amantes pasaron algunas horas en un dulce coloquio.